

# ORTEGA Y GASSET Y LAS IDEAS DARWINISTAS

**Jorge M. AYALA**

Profesor de Historia de la Filosofía en la Universidad de Zaragoza

Una de las preocupaciones del Krausismo español fue la de acercar la filosofía a la ciencia. El concepto de Humanidad será un eslabón intermedio en la cadena que va del krausismo al positivismo en nuestra tradición filosófica. Por ello, a partir de 1875 ya no se hablará de krausismo sino de krausopositivismo. La implantación del darwinismo será de primordial importancia en las nuevas relaciones entre filosofía y ciencia.

Ortega y Gasset y su enemigo "visceral" Unamuno se ven envueltos inevitablemente en el flujo de las ideas que originó en España la obra de Darwin *Sobre el origen de las especies*. Ni cronológica ni ideológicamente están ambos de hecho dentro del krausismo, sin embargo heredan muchos aspectos de la madurez intelectual del mismo. Entre otros aspectos heredados destacamos la polémica suscitada tras la implantación de las ideas darwinistas en España y que perduró desde mediados del siglo XIX hasta bien entrado el siglo XX. Ni Ortega ni Unamuno se vieron libres de las salpicaduras de la polémica, tomando parte en pro o en contra.

Tal como ha sido habitual entre nosotros, también en esta polémica las partes contendientes, antes ya de analizar las nuevas ideas cada uno tomó posiciones respecto a las mismas, convirtiéndolas en fortaleza o en arma arrojada contra su adversario. De esta forma, los combates por las ideas degeneran desde el principio en un combate por "intereses" ocultos bajo capa de ideas científicas: los eclesiásticos dogmatizan frente a los científicos; los conservadores se enfrentan a los progresistas, etc. En fin, lo que menos importaba eran las ideas como tales.

Unamuno y Ortega no bajaron a la arena de los hechos para demostrar o negar la cientificidad de la teoría darwinista; sin embargo, ambos pensadores ofrecen unas reflexiones al respecto digna de tenerse en cuenta a la hora de estudiar el influjo de las ideas darwinistas en la España que va de mediados del siglo XIX a los primeros años del siglo XX.

### 1. UNAMUNO

El día 22 de febrero de 1909, Unamuno pronunció un brillante discurso en el paraninfo de la Universidad de Valencia con ocasión del primer centenario del nacimiento de Darwin. Tras alabar a los estudiantes valencianos por su iniciativa, al parecer “única” en España, pasó a elogiar a Darwin como uno de los hombres más grandes que el género humano ha producido; grande por la nobleza de su corazón, tanto por la excelsitud de su mente; a uno de los hombres más grande de todos los siglos, y singularmente el pasado, al que cabe llamar el siglo del evolucionismo”. Antes de Darwin, continúa, solo poseíamos las pseudo-explicaciones escolásticas, un subterfugio verbal, una consistiduría más, para hacernos cargo de la existencia de la diversidad de las especies animales y vegetales. Después de Darwin, por el contrario, poseemos ya una teoría fundada en los hechos y congruente con la progresiva humanización de la vida, capaz de dar cuenta racionalmente de la evolución y transformación de las especies.

Unamuno se lamenta de los prejuicios existentes en España contra este hombre “radicalmente combatido sin ser estudiado”, que “hizo del culto a la verdad un culto religioso”; un hombre, por lo demás “respetuosísimo con las creencias de los demás, y hasta un alma profundamente religiosa”. Es falso, añade Unamuno, que Darwin haya destronado al hombre, al contrario, lo ha restablecido como rey del universo pero desde nuevas bases y más firmes. A la vulgar objeción contra el darwinismo: “si ellos se envanecen de descender del mono, yo no”, Unamuno responde: “no es lo malo venir de él; lo malo es ir a él, y pensando de cierto modo, al mono se camina”.

Unamuno está convencido de que tal como dice el mismo Darwin, con el tiempo *su doctrina llevaría a una Filosofía*, o por lo menos a *vivificar una Filosofía antigua*. Y efectivamente, en todas las ciencias: filosofía, moral, política, teología, el darwinismo ha dejado huella. El mismo Unamuno, a la hora de fantasear o proyectar la doctrina darwinista sobre el porvenir de

la humanidad manifiesta su clara concomitancia con las ideas de Darwin, en los puntos más neurálgicos de supensamiento: individuos-masa, conservación-progreso, guerra y paz.

La asimilación de una ley tan universal como la de la evolución, dice Unamuno, marca el grado de desarrollo de un individuo o de una colectividad, pues tal asimilación opera automáticamente una transmutación mental en el hombre. A partir de dicha asimilación, la afirmación, la innovación, el progreso se convierten en un principio lógico y ontológico de alcance universal. Por eso dice: hay una gran diferencia entre el “no matarás” y “acrecentarás tu propia vida y la de los demás”, entre el “no robarás” y “tenderás a enriquecer tu propiedad y la pública”; entre el “no mentirás” y “dirás siempre la verdad”, entre el “no fornicarás” y “amarás a tu mujer y perpetuarás la humanidad por ella”. La negación, en efecto, es parasitaria, conservadora y retrógrada; la afirmación, en cambio, es superación, progreso, eternización, y su fin es la “concientización” universal: “nuestro fin está en la plenitud del conocimiento”.

Así, pues, la ley de la evolución y transformación universal, no solamente busca explicar la tendencia de la naturaleza a la variación espontánea de los seres, sino que, en opinión de Unamuno, dicha ley está señalando un sentido “teleológico” inmanente a la creación: por el conocimiento llegar a la concientización universal y de esta forma hacer presente al Dios eternamente inmanente. Unamuno, como puede verse, acaba haciendo meta-ciencia porque para él ninguna ley, incluida la ley de Darwin, puede vencer todos los enigmas que ofrece la vida, sobre todo el enigma de la “creación continuada”, que para Unamuno es el milagro de los milagros. Hasta el hecho más natural es milagroso, dice Unamuno, porque “todo, absolutamente todo cuanto ocurre, es milagroso y no admito que unas cosas sean y otras no”.

En síntesis; Unamuno encuentra en la ley del evolucionismo y transformismo universal, la confirmación tanto del deseo humano a la pervivencia, a la eternización, como la explicación del por qué todo es nuevo y distinto al estilo de una creación continuada.

## 2. ORTEGA Y GASSET

Si Ortega llegó a ocuparse de la teoría darwinista no fué movido directamente por un interés puramente científico sino indirectamente y por motivos que él llama *historiológicos* o *metahistóricos*. La captación de la vida real y palpitante en sí misma y no en formas abstracta del pensamiento

fue un objetivo perseguido por Nietzsche, Bergson y, en general, por el vitalismo como consecuencia del impacto causado en las ciencias por la teoría de Darwin.

El "raciovitalismo" orteguiano ni es puro vitalismo irracionalista ni es razón pura. La razón vital es la "vida como razón", ya que el hombre más que un ser dotado de razón es una realidad que tiene que usar la razón para vivir. Andando los años Ortega compaginará la razón vital (biologismo) con la razón histórica (biografismo): "El hombre enajenado de sí mismo se encuentra consigo mismo como realidad, como historia, donde realidad e historia se identifican" (O.C.V. pág. 49). Ortega se sirve de la idea de *generación* elevada a método, para captar los ritmos vitales y la inserción del individuo en la historia.

El contraste entre la idea orteguiana de *vida* y la ley expuesta por Darwin se trasluce en la analítica que Ortega lleva a cabo respecto del hombre. Son dos puntos de partida distintos y, por lo mismo, *incontrastables* entre sí. Ortega habla fundamentalmente del *ser humano* ("el hombre no tiene naturaleza sino... historia"); Darwin, en cambio tiene presente a todos los seres naturales. Ortega es un fenomenólogo y un historiólogo, y Darwin es un científico puro que se atiene a los hechos.

Muy distinta fué la relación entre Unamuno y Darwin: el filósofo Unamuno reinterpreta la teoría darwinista como una confirmación de su propia intuición: lo propio de todo ser es *tender hacia*, superarse. Ese *tender hacia* innato a todo ser lleva consigo su realización pero dentro de una espontánea e infinita variedad de los mismos; y lo que es más importante aún desde el punto de vista de Unamuno, la "eternidad" es también consecuencia natural de la *tendencia hacia* de los seres, de su tendencia a perpetuarse bajo los más diversos modos y maneras.

Ortega, por el contrario, parece tener delante más que la intuición genial de Darwin una caricatura de la misma puesto que en ningún momento se pregunta por el alcance y significado de la misma. Ortega plantea la cuestión en términos de disyunción: o creacionismo o transformismo, una disyunción impropia de un hombre de su talla, puesto que un filósofo no tiene por qué enredarse en tales exclusivismos, ya que al trascender los hechos empíricos puede alcanzar una síntesis superior tal como hizo Unamuno. Pero veamos esto, más detenidamente,

El paso del hombre a la condición beluina, dice Ortega, no hay que explicarla a la manera evolucionista de Darwin: por transformación de las especies en otras. No hay tal ley interna de la naturaleza, porque más que una evolución continuada lo que existe es una evolución pero por saltos. El pa-

so de una especie a otra se efectúa no según leyes de la naturaleza, sino contrariándolas y saliéndose de su órbita.

Entre la Biblia (creacionismo) y la Zoología (animalidad) el hombre ocupa un lugar intermedio: el hombre es un animal anormal, y su anomalía consiste en que “al principio” comenzó a manar dentro de su cerebro una superabundancia de imágenes, de fantasmagorías que dieron lugar al surgimiento de un *mundo interior*. El hombre sería según esto, un animal fantástico (El hombre y las gentes, pág. 287-8). Mas también, correlativamente, un animal de buena memoria. “Sabido es que lo que más claramente diferencia al hombre del animal, sobre todo en los animales superiores, no es lo que con vago término solemos llamar inteligencia, sino la memoria. El pobre animal olvida casi todo lo que le pasa, no lo acumula y condensa en la reminiscencia y esto impide que su inteligencia trabaje sobre abundantes datos, que combine, relacione, infiera, en suma, razone. El hombre es el animal de la larga memoria y merced a ella perdura en él una noción de pasado” (Vives-Goethe, pág. 100).

Unamuno es más cauto a la hora de explicar lo que de individual-original hay en el hombre. Reconoce la diferencia del hombre respecto de los demás seres y prefiere hablar de “enigma” antes que dar una pseudo-explicación.

Ortega, en cambio, aventura alegremente una hipótesis: “El hombre fue como dijimos, una fiera. Viviendo en pantanos putrefactos contrajo una enfermedad, el paludismo. La consecuencia fue una hipertrofia de los órganos cerebrales, que trajo consigo, a su vez, un grado mayor de hiperfunción mental. El hombre se llenó de imágenes y de fantasías, se encontró dentro de todo un mundo imaginario, con un mundo interior de que el animal carece, un mundo interior frente, aparte y contra el mundo exterior”. (Una interpretación de la historia universal, pág. 200).

Desde luego, Ortega podía haberse ahorrado tal hipótesis, pues no conozco científico alguno que la haya tomado en serio. Por el contrario, su captación fenomenológica del *ser humano* resulta interesante: el hombre no es definible porque carece de naturaleza en la forma en que la poseen los animales. El hombre, en cuanto ser de posibilidades, no podemos definirlo como *ser racional* porque la racionalidad es una de tantas posibilidades del hombre. “Decir, pues, del hombre que es racional representa algo así, como decir del vecino de Castuera que es un madrileño porque ha tomado el tren para Madrid. Y lo mismo acontece con todos los demás atributos específicos de lo humano” (O.C.VI pág. 471).

En síntesis: Ortega huye de un materialismo craso que sólo ve en el hombre una complejidad superior de la naturaleza; por eso se esfuerza en des-

tacar cuanto de original hay en el hombre con respecto al animal. “El hombre nos aparece hoy como un ser que se escapó de la naturaleza, que discrepó del mineral, de la planta, de los demás animales y se empeñó en empresas imposibles naturalmente. El hombre es el glorioso animal inadaptable. La naturaleza, tal y como ella es, le contradice, le niega los medios para realizar sus más esenciales deseos. El no obstante, decidió resolverse contra ella. El hombre es un rebelde, un desertor de la animalidad. Esta es su tragedia, pero es también su dignidad. ¿Cuándo acaeció aquella rebelión? Puede aproximadamente fijarse la fecha.... El cómo y el por qué se escapó el hombre de la animalidad y, por tanto, de la naturaleza puede, por lo menos, imaginarse, pero no tengo hoy tiempo de exponer mi idea sobre la extraña vicisitud que sufrió, tiempo antes de aquella fecha, cierta especie de antropoides y que transformó a éstos en algo complejamente distinto de los demás animales, que hizo de ellos hombres, es decir, criaturas dramáticas. Mi tesis es *antidarwinista*, sin ser ingenuamente creacionista” (Vives-Goethe, pág. 132-3).